

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 163

Valencia, 14 de Julio de 1937

María Carbonell, 2

La causa de la libertad y el extranjero

Opiniones de escritores amantes de España

Madrid ha tenido un nuevo gesto. Las tremendas preocupaciones de esta hora no han conseguido arrancarle su proverbial gentileza y ha invitado a los escritores antifascistas, considerándolos sus huéspedes de honor. Ausentes ya de nuestra gloriosa ciudad, mis palabras no pueden servir de adulación; quiero que sean manifestación de agradecimiento por una visita que nos honra y enaltece.

Más de un centenar de escritores, en representación de multitud de países, han percibido el fragor de nuestra lucha y han admirado el valor de nuestros soldados; pero yo sé que lo que más profundamente conmovió su espíritu ha sido la grandeza de nuestro pueblo, la cordial alegría con que han sido recibidos en villas y aldeas, el ruego encendido y constante que España les ha hecho, por boca de aldeanos y aldeanos, para que divulguen y digan, con el prestigio de su pluma, la verdad y la intensidad de nuestra lucha por la civilización y por la libertad.

El Congreso ha vivido en Madrid momentos de intensa emoción. Cuando en la tarde del miércoles una treintena de famosos escritores contemplaba el incalculable número de objetos artísticos y religiosos salvados por el pueblo, y escuchaba la voz de Fernández Valbuena, que al frente de la Junta delegada del Tesoro artístico está gausando una de las más nobles y trascendentales batallas de nuestra guerra, los congresistas clamaban emocionados: «¡Esto es maravilloso! ¿Cómo un pueblo empeñado en una contienda tan injusta y cruel ha podido conservar este inmenso tesoro?» Y uno de los más claros literatos de la Francia intelectual me decía lleno de gozo: «Esta visita es para mí quizá lo más importante del Congreso. Ella pone de relieve ante mis ojos, no sólo la grandeza espiritual de España, sino también la exquisita sensibilidad de este pueblo, que hoy lucha en las trincheras».

No tienen idea mis lectores del interés que en todos ellos despertaba mi figura de sacerdote católico que está al lado del pueblo, y hombres de extraordinario valer, como el famoso escritor suizo que ha sufrido cárcel e interdicción civil por defender la verdad de España, solicitaba de mí, con el mayor rendimiento, noticias y datos sobre el problema social de España. Quiero destacar, por el extraordinario interés que para muchos españoles tiene en este momento, dos extranjeros extraordinariamente calificados: Brower y Pellicer, holandés y mejicano, respectivamente. Ambos son escritores católicos, y los dos sienten no sólo cariño, sino admiración, locura casi por las cosas de España. Pellicer, el gran poeta de Méjico, visitó una de estas tardes Argüelles, el barrio de

nuestra incomparable ciudad, tan bárbaramente martirizado, y allí mismo, sin poderlo remediar, escribió unos versos que más parecen jirones de su alma.

Y he dicho que ambos son católicos. Católicos sin trampa ni cartón, como diría Bergamín; católicos de los que saben exponerlo y aun perderlo todo por Dios y por el pueblo; de los que llevan sobre su carne como rosas de sangre las gloriosas heridas que recibieron de fariseos y de hipócritas por saber decir sí o no, como Cristo nos enseña. Yo brindo este ejemplo, no a los contaminados y envilecidos por el oro, a los que manejan la palabra orden como escudo para defenderse, ni mucho menos a los que convierten la autoridad en tiranía y al pueblo en masa esclavizada por un capitalismo irritante y anticristiano, sino a los otros, a los verdaderos y auténticos católicos, a los pobres de espíritu, a los que en todo momento quemán sus naves porque no quieren pensar en su regreso.

Porque es la verdad que la religión ni puede ser cómoda para esta vida, ni mucho menos nos está permitido solidarizarla con un sistema político y económico. Uno de los enormes fracasos del fascismo ha sido erigirse en representante y defensor de la religión católica, y sus crímenes son imputados por esto mismo a la Iglesia, que jamás debió levantar bandera de partido. Nunca lloraremos bastante que la inmensa mayoría de los católicos españoles hayan empuñado las armas contra el pueblo.

Y esto es lo que me decían Pellicer y Brower: «Nosotros queríamos conocer la tragedia de España, no a través de la Prensa extranjera, partidista y mezquina cuando se trata de asuntos como los que ahora ventilan España y la Humanidad; queremos señalar a la corriente del pensamiento católico, generalmente extraviado, los nobles cauces de una visión serena sobre los problemas de España. La otra postura, demasiado cómoda, es por eso demasiado injusta. Pena muy grande nos produce la inmensa catástrofe que el fascismo internacional está causando en España, y confiamos en que el día de la paz el pueblo español respetará la conciencia católica; pero será inexorable con los que pretenden poner la religión al servicio de un partido.» Y el doctor Brower, lleno de tristeza, me repetía las palabras de un militar del campo faccioso, que hablando de la religión y pretendiendo defenderla, afirmaba de un sector importantísimo del proletariado español: «Casi todos son rojos; todavía no los hemos matado, porque no tenemos con qué sustituirlos...»

LEOCADIO LOBO

(De «El Liberal».)

Sacerdotes católicos condenados a presidio por los nazis

BERLIN.—En la ciudad de Heilsberg, de la Prusia del Este, con motivo de la procesión del Corpus, se celebraron espontáneas y violentas manifestaciones populares contra el nazismo.

Con este motivo se practicaron muchas detenciones, entre ellas la de cuatro sacerdotes de la localidad, que procesados y acusados de «rebelión abierta», comparecieron ante los tribunales especiales, que les han condenado a ocho años de presidio.

Otros siete procesados, pertenecientes a las juventudes católicas, cumplirán arrestos que oscilan entre seis meses y un año.

Los «nacionales»

El jefe de la aviación rebelde es el ingeniero italiano Colombo

NIZA.—Por conducto autorizado se sabe que el ingeniero Colombo, piloto de ensayo en las fábricas Breda, de Milán, que se halla desde hace dos meses en España, ha sido nombrado jefe técnico de la aviación rebelde. (A. I. M. A.)

LO QUE cuentan los tripulantes del barco holandés "Sarkani", apresado por Franco

La vida en el campo faccioso

AMSTERDAM.—El "Sarkani", que fué apresado en el Estrecho de Gibraltar por los piratas de Franco, ha vuelto ahora a Rotterdam. La tripulación ha estado detenida durante varios meses en Ceuta. Dice que la población de Ceuta sufre mucho bajo la tiranía de Franco. Bandadas de mendigos vagan por

el puerto para conseguir un pedazo de pan en los barcos. La mayoría de los soldados españoles de Franco ha sido forzada al servicio militar, y hasta las fuerzas encargadas de la vigilancia del "Sarkani" han manifestado frecuentemente su simpatía frente a la tripulación, por el Gobierno del Frente Popular español.

Los marineros del "Sarkani" han podido constatar, durante su estancia forzosa en Ceuta, que este puerto es constantemente visitado por barcos de guerra alemanes e italianos. Por sus propios ojos han visto cómo el barco alemán "Leipzig" descargaba una gran cantidad de cañones en Ceuta.

El 19 de abril llegó la noticia de que el "Sarkani" había sido puesto en libertad. El barco pudo salir, pero se quiso retener al capitán. La tripulación se negó a irse sin él. Algunas horas más tarde, las autoridades fascistas cedieron. Con toda prisa, el barco preparó su salida. En Tánger, donde arribó a la mañana siguiente, el cónsul holandés les advirtió que la rapidez en marcharse había sido muy prudente, porque apenas el "Sarkani" abandonó el puerto, los fascistas se habían arrepentido de la decisión y trataron de apresarse de nuevo al "Sarkani", lo que no lograron.

Cuatro mil quinientos ochenta y siete milicianos aprenden a leer y escribir en un mes

VALENCIA.—Durante el mes de mayo, 4.587 soldados del Ejército de la República han aprendido a leer y escribir.

He aquí el resultado conseguido por las «milicias de la cultura», compuestas en su mayoría por estudiantes y maestros, que se encargan de enseñar a los soldados los rudimentos de la «Cartilla Escolar», publicada por el Ministerio de Instrucción Pública en el mes de abril. Este Ministerio anuncia una segunda edición de la «Cartilla Escolar», en vista de que la primera, que constaba de 50.000 ejemplares, se halla agotada.

"Alemania se está convirtiendo en un cementerio político y cultural"

El importante y prestigioso periódico noruego «Arbeidsladet», de tendencia conservadora, publica el siguiente artículo, que pone de manifiesto la saña con que son perseguidas en Alemania las creencias religiosas y las manifestaciones de la cultura:

«El nazismo—dice—no es solamente un sistema político, sino también una religión o una secta. Atestigüa esta afirmación la propaganda, fanática, violenta y malintencionada y las persecuciones que se cometen contra los eclesiásticos de carácter independiente en Alemania. La Iglesia alemana, tiene que ser nazificada. Hitler tiene que ser proclamado y reconocido como el gran salvador de su pueblo y en caso contrario se abusa de la fuerza. La guerra religiosa ha sido ya proclamada y las detenciones y castigos, severísimos en muchas ocasiones, han comenzado. La herejía se vale de procedimientos más refinados y crueles que los empleados en la antigüedad.

Se ha comenzado por perseguir a los religiosos, pero hoy les toca el turno a los profesores de religión de las escuelas oficiales. El Ministerio de Cultura de Wurtemberg, ha cursado órdenes para que sean despedidos de sus cargos todos los profesores de religión que no hayan prestado juramento de acatamiento a Hitler o se manifiesten parcialmente contrarios a su doctrina religiosa. Estas órdenes obedecen a disposiciones dictadas por el Ministerio de Instrucción del Reich. La fórmula para el juramento obligatorio, exige «obediencia y fidelidad hacia el pueblo alemán y su caudillo, Adolfo Hitler». Quienes no se inclinan ante este compromiso, son relevados de sus puestos, pero además se les somete a una vigilancia tan estrecha, que casi siempre conduce a la cárcel.

En Alemania tienen todos que inclinarse ante la tiranía fascista y sus poderosos intereses. Nadie piensa, sin permiso del «führer», y el pueblo entero tiene que extender el brazo y gritar: «Heil Hitler».

Esta tragedia, que vive Alemania, convierte a este pueblo en un cementerio político y cultural. Es esta la tarea que ha emprendido el III Reich, con su concepción retrógrada de la libertad, de la tolerancia y de las luchas ideológicas. Para ello se vale de un sistema de brutal opresión y de procedimientos incultos empleados por todos los países fascistas, para aparecer ante el mundo, tal como son.»

La administración de justicia en España

Dos interpretaciones dispares del concepto de justicia: de sentido humano en la República y de crueldad implacable en el Fascismo

La administración de la Justicia se practica actualmente de dos modos dispares en la nación española. Uno, en el territorio leal al Gobierno de la República. Otro, en las zonas invadidas por el fascismo.

Responden, sin duda, esos dos procedimientos antagónicos, a los conceptos que de esa elevada misión estatal, tienen, de una parte, las autoridades fascistas que representan el espíritu del fascismo, y de otra, los tribunales del pueblo republicano, que actúan bajo la orientación del Gobierno legítimo de España.

Justicia fascista: rencor, impulso vengativo, atrabiliario y cruel.

Justicia republicana: austeridad, sentido humano y comprensivo en la interpretación y aplicación de la ley.

Es interesante que, ante la conciencia mundial, y para que, al mismo tiempo, sirva de analítico estudio a los juristas, se delimite con trazos firmes la trayectoria diferencial de esos dos procedimientos.

Con respecto a cómo se administra la justicia en las zonas sojuzgadas todavía por el fascismo, se acumulan pruebas irrefutables en los folios del «Magno proceso histórico contra los facciosos», que venimos publicando con el aval de las autoridades judiciales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, instruyen ese sumario, después de contrastar la autenticidad de las pruebas y la perfecta identificación de los testigos.

En las hojas de ese sumario va surgiendo la demostración plena de las ferocidades que en el campo faccioso se cometen a título de administrar justicia.

Ante esas sentencias brutales, dictadas muchas de ellas con carácter general para los detenidos políticos, sin que siquiera sean aquellas el resultado de un proceso, conviene señalar una circunstancia importante. No se puede alegar que el gran número de hechos criminosos que son cometidos por los fascistas en el territorio que dominan, sean obra esporádica de grupos de exaltados que en determinados momentos hayan podido extralimitarse en su irritabilidad.

Quienes allí, profanando el concepto de Justicia perpetrando asesinatos, unas veces—las más—sin previa formación de proceso, y otras, después de una simulación judicial, obran en cumplimiento de las órdenes que reciben de sus autoridades, las que personifican el espíritu del fascismo, que convierte las prerrogativas del mando en instrumentos del crimen.

En la España republicana, en cambio, los tribunales de Justicia resuelven los procesos según su libre criterio, sin que el Gobierno tenga, en su misión orientadora, otra intervención que la de dictar las leyes con arreglo a las cuales se desenvuelven los procedimientos forenses.

Una de esas leyes, respetada y cumplida de manera absoluta desde que en los finales del año 1936 fué dictada por el Gobierno—al ser reorganizados los tribunales que la sublevación fascista había dejado desarticulados, cuando no anulados—establece que ningún detenido como presunto delincuente pueda ser juzgado, ni mucho menos sancionado, por otros organismos que los encargados de la administración de Justicia.

Del modo cómo esos tribunales cumplen su misión específica, ire-

mos ofreciendo pruebas. Hoy, insertamos la primera de éstas.

El Jurado de Urgencia número 1, de la Audiencia Provincial de Valencia, comenzó su actuación en enero del año actual. Por el motivo de ultimar los trámites para su constitución, ese tribunal sólo intervino en procesos, en los once últimos días de ese mes. Se ha de tener en cuenta que los Jurados de Urgencia tienen por misión la de juzgar a los detenidos como supuestos culpables de los delitos de desafección u hostilidad al régimen (esos delitos que en el campo faccioso se pagan inexorablemente con la vida).

Pues bien; el Jurado de Urgencia de que hablamos, en los pocos procesos en que actuó durante esos días, contra elementos en su mayoría pertenecientes a partidos de derecha, de los que se considera que coadyuvaban al movimiento faccioso, tan sólo dictó como condenas máximas dos sentencias en las que se impuso a otros tantos procesados la sanción de tres años de internamiento en un campo de trabajo. Y decidió cuatro absoluciones, que a continuación detallamos:

Francisco Mora Raga, labrador. Fué absuelto el día 27 de enero.

Juan Gil Rovira, jornalero. Fué absuelto el día 27.

César Hertogs Sánchez, mecánico. Fué absuelto el día 29.

Luis Sáez Laguna, sacerdote. Fué absuelto el día 20. Este último detalle indica cómo ese tribunal, formado por dos Jurados designados por los partidos del Frente Popular y las sindicales obreras y un presidente letrado, no ha mostrado esa hostilidad implacable contra los elementos religiosos, que las propagandas facciosas propalan.

En otras ocasiones iremos publicando las estadísticas mensuales de las sentencias dictadas por los Jurados de Urgencia, y los dos Tribunales Populares Especiales que funcionan en Valencia. En ellas, como se verá a su tiempo, aparecen absueltas personas que pertenecieron a los partidos Derecha Regional, Tradicionalista y Falange, pero que, respecto a ellas, los jueces populares estimaron que no habían intervenido en el movimiento faccioso.

Todo ello será la demostración patente de que los Tribunales de la República se atienen a la realidad de las pruebas, y no al espíritu de ciega represalia política como ocurre en el campo faccioso. Quien resulta inocente es absuelto, sea quien fuere y pertenezca o haya pertenecido al partido que sea. Es decir, que se da a cada cual lo que es de razón y se respetan los derechos de todos. Y esta es la esencia de la Justicia.

Un buque nazi con gas para los rebeldes

Desde Hamburgo se ha notificado lo siguiente al «Daily Worker»:

«El día 15 de mayo el vapor alemán «Amalienburg», con el nuevo nombre de «Acme», y bajo pabellón panameño, salió de Hamburgo para Vigo. Su cargamento comprendía 6 aviones de bombardeo, sin montar, y un gran número de recipientes llenos de un producto fluido destinado a la obtención de gases.»

(De «Daily Worker», 8-7-37.)

Del magno proceso histórico contra los facciosos

(Este informe pertenece a las diligencias sumariales que, por orden circular de la Fiscalía General de la República, están instruyendo todos los fiscales del territorio leal)

Cómo unos guardias civiles asesinaron a un suboficial del mismo cuerpo porque no quiso ser traidor a su patria

(Relato según las declaraciones prestadas ante el Fiscal del Jurado de Urgencia, de Albacete, por los testigos presenciales Guillermo Rubio Mantas, Francisca Rubio Valverde, Bárbara Barranco Castro y Catalino Gracia Rubio, vecinos de Montefrío (Granada) y refugiados en Hellín.)

UN HOMBRE LEAL

Sin cuidarse de la presencia de los vecinos que acudían curiosamente al escuchar las voces de la discusión, los jefes facciosos de la tropa que había invadido el pueblo momentos antes, hablaban en tonos violentos con el suboficial de la Guardia civil, Juan Alarcón. Este, comandaba a los cuatro guardias que hasta entonces habían prestado servicio en Montefrío y sus alrededores. Los rebeldes le recriminaban huraños, con frases apremiantes. Había de explicarles el motivo que hubiese tenido para no haberse sublevado en cuanto se enteró del levantamiento militar. ¿Acaso, es que él era «rojo»?

Alarcón dio una respuesta breve: él era, sencillamente, un hombre leal, que no aceptaba órdenes sino de las legítimas autoridades de la República.

Los otros le replicaron en actitud descompuesta, y encañonándole con fusiles y pistolas. Bien; pues en tal caso, ellos le consideraban como a un «rojo» y procedían a hacerle prisionero. En seguida se dirigieron a los cuatro guardias civiles subordinados del suboficial, que presenciaban la escena. ¿Se solidarizaban con el que hasta aquel instante había sido su jefe, o, por el contrario, se sumaban a la sublevación? Los interrogados contestaron que se unían a los que se habían alzado contra la República.

Juan Alarcón quedó indefenso entre sus aprehensores. Estos le sacaron de la casa cuartel y lo condujeron a las afueras del pueblo. Unos cuantos vecinos siguieron al grupo desde lejos, y luego, ocultos en una zanja, se dispusieron a presenciar lo que ocurriría.

Los facciosos hablaron nuevamente a Juan Alarcón. Si no quería morir había de cambiar de actitud, manifestándolo, por de pronto, con un vitor al fascismo. El suboficial se mantuvo firme en su negativa. Jamás lanzaría vtores que significasen una traición. Y dirigiéndose con voz vibrante a los guardias civiles que le rodeaban, les dijo que ellos estaban deshonorando el uniforme que vestían, puesto que se rebelaban contra el Gobierno que se lo había proporcionado.

ENSAÑAMIENTO

No quisieron oír más los guardias. Con rápidos movimientos de furia empujaron al suboficial y le derribaron entre todos. Antes de que se incorporase, dispararon las armas contra él hasta matarlo.

El cuerpo de Juan Alarcón, sangrando por numerosas heridas, quedó yerto, boca arriba. Uno de los guardias, vibrando todavía su excitación agresiva, se aproximó al cadáver y gritó como si éste pudiera oírle: ¡Ah, «rojo» audaz! ¡Iba él a destrozarle los labios, de los que habían salido las recriminaciones contra ellos! Cogió un gran pedrusco y con él aplastó la cara del muerto, que chasqueó lúgubrememente, salpicando de sangre las piernas de los que le rodeaban.

CRUEL ENGAÑO

Ya de regreso, a la entrada del pueblo, encontraron los fascistas a

la esposa y a una niña del asesinado. Como todo el terrible suceso se hubo desarrollado con tanta rapidez, apenas si aquella mujer, que se hallaba de visita en la casa de unas vecinas, había tenido tiempo de enterarse de los detalles de lo ocurrido. Por eso, cuando un muchacho había acudido para decirle que su marido había salido al campo con unos civiles recién llegados a Montefrío, corrió ella, desalentada por un mal presentimiento, hacia el lugar por donde le indicaron que había marchado el grupo que se llevaba a Juan Alarcón.

Ahora, al encontrar de retorno a los facciosos, les interrogó anhelante. ¿Dónde estaba su marido? ¿Qué habían hecho de él? La niña, de unos siete años, lloraba, uniéndose sus lamentos a los de su madre. ¿Quería ver a su padre! ¿Dónde le habían llevado?

Los facciosos frunció el ceño. La escera les resultaba molesta. Cuchichearon entre ellos y luego

mintieron una explicación. Juan Alarcón había salido hacia un pueblo vecino para realizar unas gestiones urgentes; pero si la esposa y la niña querían ir a su encuentro, ellos les facilitarían el medio necesario: en un camión de los que ellos habían traído les llevarían a donde el suboficial había marchado.

Aunque con recelosa intranquilidad, la esposa de Juan Alarcón aceptó.

Momentos después, en un camión salieron del pueblo engañadas aquella mujer y aquella niña, en compañía de unos guardias civiles que llevaban la secreta consigna de conducirlos a Granada y entregarlos a las autoridades facciosas.

En Montefrío se tuvo noticia de que la madre y la hija habían sido encerradas en una prisión.

Pasó el tiempo. Y ya en aquel pueblo no ha vuelto a saberse nada de la viuda y la huérfana del infortunado Juan Alarcón.

Comunicado del Ministerio de Defensa

Las cínicas falsedades propaladas por los rebeldes en sus partes de guerra no logran levantar la decaída moral de las tropas facciosas

El Ministerio de Defensa Nacional cree conveniente hacer público un boletín de información del enemigo, que, según se consigna en el mismo documento, alcanza las noticias recibidas en el cuartel general faccioso hasta las veintidós horas del día once de julio. En ese boletín se verá cómo informan los jefes rebeldes de la marcha de las operaciones. A creer sus afirmaciones, no hemos tomado Brunete, ni Villanueva de la Cañada, ni Villanueva del Pardillo, ni hemos obtenido éxito alguno en las operaciones que vienen desarrollándose. Por lo visto, no basta el testimonio de centenares de prisioneros que les hemos tomado ni el hecho incontrovertible de encontrarse en nuestro poder los pueblos referidos. Informaciones tan cínicamente falsas explican las declaraciones de algunos oficiales prisioneros, que revelan una ignorancia absoluta respecto a la verdadera situación del país, a pesar de lo cual manifiestan unánimemente que lo mismo las tropas al servicio de los facciosos, por la fatiga de la campaña, que la población civil, por la crisis económica y las vejaciones a que los someten alemanes e italianos, están francamente deseosos de que termine la guerra.

El parte oficial de los rebeldes a que dejamos hecha referencia, dice así:

«Frente de Madrid.—En la noche de ayer y día de hoy ha continuado el combate del sector de Brunete. El enemigo es rechazado y perseguido en sus intentos contra nuestras líneas.

El número de muertos abandonados delante de nuestras posiciones pasa de 3.000. Frente a una de éstas llegaron a amontonarse unos 800 cadáveres, pidiendo el enemigo, para recogerlos, una tregua, que fué negada. Continúa el combate y el

castigo del enemigo, que aumenta de proporciones de día en día. El esfuerzo mayor se llevó a cabo contra nuestras líneas avanzadas de Villanueva del Pardillo, que ha resistido y rechazado con gran dureza el ataque, mortado con todo lujo de elementos de artillería y cuarenta tanques rusos, desbaratados en sus alrededores.

En el sector del Barrio del Lucero (carretera de Extremadura), en brillante contraataque de nuestras tropas, fué conquistada una trinchera enemiga y abandonados por los rojos más de setecientos muertos, quedando en nuestro poder cuatro carros rusos. Con éstos se eleva a catorce el número de los destruidos y cogidos en el día de ayer. Un escuadrón enemigo que intentó filtrarse por uno de los bosques de aquella zona, fué sorprendido y dispersado, abandonando sesenta muertos en nuestro poder. El enemigo, que se había filtrado por los bosques de Villafranca del Castillo, ha sido rechazado y perseguido por nuestras tropas, obligándole a abandonar material y gran número de muertos, todavía no recontados.»

Como se ve, el informe copiado es una sarta de mentiras, que choca visiblemente con la realidad de nuestros triunfos efectivos, teniendo por finalidad esos embustes mantener una moral que entre las filas facciosas decae por momentos, según lo acreditan las declaraciones de los prisioneros.

Madrid, 12 de julio de 1937.—Secretaría del Ministerio de Defensa Nacional.

Se autoriza la reproducción de cuanto se publica en este Boletín

Espanoles libertados

El pueblo recuperará a todos sus hijos

El fascismo criminal solo ha cometido traiciones. Jamás sus procedimientos son limpios. Basado en una minoría, ha de valerse de medios de terror para no caer estrangulado sobre los campos de España. Este fascismo nacional, negro y sangriento, que abrió las puertas de la patria a los invasores italianos y alemanes, no solo asesina en masa a los hijos de nuestro pueblo, sino que, valiéndose de su aparato represivo, les obliga a muchos de ellos a luchar contra nosotros, sus hermanos.

Difícilmente podrá encontrarse un soldado de las quintas llamadas por Franco que sienta la causa de los sublevados, de los enemigos de España. Por eso, constantemente, llegan a nuestras filas esos grupos de evadidos, soldados en su mayor parte. Pero muchos no pueden escapar de sus tiranos y se ven obligados a emplear sus armas contra el pueblo.

Ayer mismo los victoriosos partes de guerra nos dieron cuenta de que cerca de seiscientos españoles que el terror fascista había puesto frente a nosotros, se entregaron a los soldados populares con los brazos abiertos. Nuestros combatientes les acogieron como hermanos, y unos y otros se estrecharon bajo el sol de los campos de batalla.

Los prisioneros—no debe llamarseles así, pues es ahora cuando han dejado de serlo—recorrieron nuestras filas con los puños en alto, vitoreando al pueblo y abrazando a sus hermanos del Ejército Popular, que le sofrecían cuantas cosas encontraban en sus sacos de campaña.

Este espectáculo de españoles que se encuentran después de un año de lucha, es una de las emociones más fuertes de la guerra. Los españoles que acabábamos de libertar lloraban de alegría abrazados a nuestros soldados y solicitaban que se les incorporara inmediatamente al Ejército del pueblo, que es donde ellos querían luchar desde el primer día de la guerra.

En el Ejército fascista, mezclados con los italianos y alemanes invasores de España, quedan muchos españoles a quienes el fascismo les obliga a combatir al pueblo. Llegará un día en que todos podrán, como estos de ayer, venir a nosotros. El pueblo no les guarda rencor y les espera. El pueblo sabe que estos españoles no son sus enemigos, sino hijos entrañables que la traición le arrebató. El pueblo los recibirá con los brazos abiertos y los cobijará a todos bajo sus grandes banderas.

(De «Mundo Obrero», de Madrid.)

De Guillermo II a Hitler

España, trampolín para un ataque contra Francia

«Nouvelles d'Allemagne» publica unos recuerdos históricos de evidente actualidad. En efecto, Hitler, en su política respecto a España, toma las mismas tendencias imperialistas de Guillermo II.

Ya en 1912, el general pangermanista von Bernhardt subrayaba en su libro «Alemania y la próxima guerra», que España podría llegar a ser un «elemento de la política alemana». Los nacional-socialistas consideran como una falta extremadamente grave de la política de Guillermo II, que no se realizase una alianza germanoespañola antes de la guerra. Así, el 1934, escribía el profesor Henning en su libro «Geopolitik» (Política geográfica), lo siguiente: «Antes de la guerra la política alemana no se dio desgraciadamente cuenta de la importancia, reconocida, sin embargo, por Bismarck y por Eduardo VII, de la cooperación con el vecino del vecino. Si no no habría hecho causa contra España en 1906, en la Conferencia Pro-Marroquí de Algeciras.»

Fué ya durante la guerra cuando se produjo una cooperación entre la monarquía española y la Alemania de Guillermo II. En mayo de 1915 la «Korrespondenz», órgano conservador, escribía con respecto a España:

«Nuestros amigos de España son los jaimistas, los conservadores, los integristas, los mauristas, el Episcopado, el cuerpo de oficiales y la aristocracia... Nuestros enemigos en España son los liberales, los republicanos, los radicales, los reformistas y los socialistas.»

Ya durante la guerra, los pangermanistas reivindicaban la vuelta a la política de Bismarck, quien ya había hablado de «la mosca española en la nuca de Francia». El profesor Herre escribía en 1915, en su libro «España y la Gran Bretaña», lo siguiente:

«Podemos suponer con una certidumbre absoluta que los dirigentes del Estado alemán tienen parte secreta en más de una medida tomada por el Gobierno de Madrid. No se trata de que Alemania haga esfuerzos para que España entre en la guerra al lado suyo, aunque serían muy importantes los servicios que le haría «la mosca española» en

la nuca francesa». Nos basta con que el Estado pirenaico observe la sincera neutralidad que hasta ahora ha mantenido». Esta «sincera neutralidad» consiste, para las autoridades navales y militares españolas, en poner a la disposición de la estrategia alemana, en el Mediterráneo y en el Atlántico, los puertos de guerra españoles como base para los submarinos alemanes.

El «Diario alemán en España», fundado en 1916 por el cónsul alemán en Barcelona, y que se editaba todavía en 1936, escribía en diciembre de su primer año de publicación:

«Una alianza con Alemania, después de la guerra, procuraría a España el predominio político indispensable para poder desenvolverse libremente... En presencia de una España apoyada por Alemania, Francia habría de achicarse.»

La política de intervención segui-

A la Exposición de París no podrán concurrir más alemanes que "aquellos que puedan dar a conocer a los franceses el espíritu de la verdadera Alemania"

El Gobierno alemán firmó un tratado con el francés, después de unas laboriosas negociaciones que se prolongaron durante meses, comprometiéndose a que todo ciudadano no que quisiera visitar la Exposición Internacional de París podría salir del territorio alemán con una cantidad de 2.250 francos sobre la señalada como límite legal por la ley de exportación de divisas.

El tratado se publicó el día 4 de mayo en el «Diario Oficial del Reich». Pero el Gobierno hitleriano falta a él en el momento en que debía ponerse en vigor.

A pesar de la obligación contraída de la publicación de dicho tratado han tomado medidas para que los ciudadanos alemanes no acudan a dicha Exposición.

La mentira, en quiebra

La verdad gana, a la larga, todas las batallas

Si los partes de guerra, mediante los cuales establece comunicación diaria con nosotros el Ministerio de Defensa Nacional, pecan, según hemos afirmado, de moderados, los que el enemigo transmite, a las mismas horas, a los habitantes del territorio que domina y a las fuerzas que pelean a sus órdenes, pecan, en cambio, de excesivos. No ya disminuyen las victorias nuestras para aminorar en la proporción correspondiente las derrotas suyas, sino que convierten en triunfos suyos los que son nuestros, y cargan a nuestras espaldas los desastres que son solo suyos. No ocultan la verdad; la vuelven del revés. Tan notorio y torpe es el procedimiento, que el Ministerio de Defensa Nacional ha creído oportuno ponerlo de manifiesto. El contraste, en verdad, vale por sí solo más que todos los comentarios. Acredita un impudor del que difícilmente llegamos a darnos cuenta exacta. Nada nuevo, por otra parte. Cuando se produjo el desastre italiano de Guadalajara, los mandos rebeldes acudieron al recurso ingenioso de afirmar que los prisioneros hechos en la Alcarria no eran tales prisioneros, sino voluntarios internacionales que se prestaban a representar el papel de cautivos... La historia, por demasiado complicada, resultaba inadmisiblemente para todo el mundo, incluso para aquellos a cuya credulidad iba brindada. ¿Son también prisioneros falsificados los que estos días han cruzado las calles de Madrid vitoreando a la República con el puño en alto? Ya que no resulta hacedera la repetición de la ineptia, el enemigo elige un procedimiento más simple: niega, sencillamente, que haya prisioneros, como niega que hayamos tomado ningún pueblo. Las victorias y los avances, suyos. Los fracasos, los muertos y los prisioneros, nuestros. Pero lo que menos importancia tiene para nosotros es que el enemigo suplante tan cínicamente la verdad. Lo grave y digno de anotarse es que esa suplantación revela hasta qué punto la retaguardia enemiga y los combatientes facciosos viven en un secuestro moral casi absoluto—en infinidad de casos, el secuestro es también físico—, que los aísla de todo conocimiento en cuanto a lo que sucede en el campo leal. Es curioso, por ejemplo, y bien triste, el asombro que los prisioneros rebeldes descubren al encontrarse con los oficiales republicanos. «¿Españoles?», suelen preguntar, con ojos muy abiertos, muchos de ellos. Allí se les había dicho que aquí sólo había militares rusos venidos a conquistar España, vendida por los rojos... Es decir: se nos presenta a la conciencia de los soldados enrolados forzadamente en las filas facciosas con la fisonomía

exacta que los rebeldes tienen. Con lo cual se condenan, de manera infamante, a sí mismos.

Mas para que la verdad se mantenga en un secuestro tan riguroso, fuerza será pensar que la retaguardia enemiga dista mucho de ser, a juicio de los altos mandos rebeldes, tan segura como conviene a quien defiende una causa que espera ver victoriosa. Si la verdad se oculta de ese modo, es porque sólo la mentira puede seguir alimentando una ilusión que se sabe precaria. Cuando menos, desasistida de apoyaturas morales. De ahí, justamente, una de las diferencias radicales que entre los rebeldes y nosotros existe. Un fracaso es, para nosotros, un dolor, pero también un acicate; para los facciosos no es más que un dolor, sin compensaciones espirituales de ninguna clase. ¿Cómo hubiera reaccionado la retaguardia facciosa—y sus propias fuerzas combatientes—ante una derrota del volumen que para nosotros tuvo la toma de Málaga? ¿Cómo hubiera replicado a un quebranto como el que significa la pérdida de Bilbao? No es difícil imaginárselo. El egoísmo—y sólo un conglomerado de egoísmos privados, generó la sublevación militar—no tiene otras reservas que las que el propio egoísmo le va dictando. De reservas morales, que son las perdurables, carece por completo. Necesita que le acompañe el éxito para hacerlo valer, y cuando no le acompaña, inventarlo. Eso mismo está haciendo ahora el adversario, fabricante de victorias supuestas a costa de sus fracasos ciertos. Empeño inútil, de todos modos.

El domingo, precisamente, tratábamos el tema a propósito de la compañía de fuerzas enemigas pasada íntegra a nuestras filas en una de las últimas operaciones. ¿Es aventurado—decíamos—esperar que el hecho se repita? Y la respuesta se nos ofrecía el domingo mismo con la noticia de los seiscientos prisioneros que en Villanueva del Pardillo se han entregado a los soldados republicanos. La mentira no gana batallas más que a plazo corto. A la larga, las pierde todas. Una mentira monstruosa y sangrienta es, desde que comenzó hasta hoy, la sublevación militar. Nació, al decir de sus autores, para defender a la República, y se proponía, en realidad, asesinarla; la llamaron después guerra de liberación nacional, y es, en realidad, una guerra de invasión, que subasta en almoneda infame el suelo de España; se llaman vencedores, y son, ante la conciencia del mundo hoy, y ante nuestras armas después, vencidos... La mentira, por mucho que la cultiven los rebeldes, ha empezado ya a sentirse agonizante.

(De «El Socialista».)

da actualmente por Hitler no constituye sino la realización de los proyectos pangermanistas con miras a una hegemonía alemana en Europa.

(De «Le Peuple», de Bruselas.)

ses el espíritu de la nueva Alemania; a aquellos, en fin, que pueden proporcionar a sus interlocutores una imagen fiel y verdadera de nuestro país?». «Tenemos el deseo, bien legítimo por cierto—continúa—, de que los alemanes que vayan a Francia este verano hablen favorablemente de su país; que sean, en una palabra, buenos alemanes; pero queremos también que estos alemanes sean hombres representativos—jefes de grupo, de profesión o de asociación—para que lo que vean y oigan pueda ser de provecho en la mayor proporción posible a los que no pudieran abandonar sus hogares.

Para esto es preciso que esos hombres sean, no individuos aislados y sin resonancia, sino jefes y subjes. En una palabra: la esencia individual, administrativa y profesional de la nación.»

La Gestapo sigue asesinando a los presos

FRANCFORT.—En el hospital de esta ciudad ha fallecido M. Valentin Schetzer, antiguo jefe regional de la Unión de los Sindicatos obreros de Transportes y de los empleados de las explotaciones públicas.

Fué durante mucho tiempo funcionario de los Sindicatos. Detenido por la Gestapo en noviembre de 1935, se le juzgó hacia mediados de 1936, condenándosele a tres años de trabajos forzados. Tanto durante el tiempo de su detención preventiva como después de su ingreso en la penitenciaría, se le martirizó de tal forma, que en abril último la administración de la prisión comunicó a su mujer que podía ir a buscar a su marido, por hallarse éste gravemente enfermo. Y ahora acaba de fallecer.

Chile y Perú niegan que piensen reconocer al Gobierno faccioso

PARIS, 11 (2 t.).—Los delegados de Chile y Perú han desmentido categóricamente que sus Gobiernos hayan iniciado negociaciones con Salamanca y que estuviesen dispuestos a reconocer a Burgos.

(De «La Voz», Madrid, 11-VII-37)

El "chantage" fascista, al desnudo

GINEBRA.—Después de un día de silencio, la Prensa italiana vuelve a tomar la ofensiva. Una ofensiva desordenada, hecha más de insultos que de golpes, sin lógica y sin esperanza de llegar a un resultado.

«Francia se quita la careta»—dice «Il Popolo d'Italia»—a propósito de la decisión de suprimir el Control en la frontera franco-española, como ha hecho Portugal hace quince días en la suya.

El artículo de «Il Popolo d'Italia» dice claramente que «Franco triunfará; también por la leal y firme voluntad de Roma», y añade que no habrá frente único que valga contra Roma, Berlín y Salamanca.

La verdad es que el fascismo hace tiempo que se ha quitado la careta. Mientras Mussolini escribe que la Italia fascista no ha sido nunca neutral, Grandi dice en Londres que su Gobierno es y será partidario de la No Intervención. Mussolini dice que los voluntarios fascistas están a las órdenes de Franco, y éste declara al corresponsal del «Times» que los voluntarios están a las órdenes de sus respectivos Gobiernos. Los dos Estados totalitarios envían hombres y armas a España, y «Il Popolo d'Italia», con una demagogia tonta, afirma que: «A España no se le toca».

La posición es tan absurda y lamentable, que el «Daily Express», periódico conservador y órgano de extrema derecha, dice: «Los señores Hitler y Mussolini son dos individuos que, en interés de la política de No Intervención, inventan el «a España no se le toca», y a renglón seguido envían 90.000 hombres para tratar de estrangular al Gobierno legítimo. No quieren el Control, y protestan por que se suprima».

Según el «Times», periódico conservador, el viaje del señor Eden a Deauville para ponerse de acuerdo con el Gobierno francés y sostener la posición del mismo, «es razonable», y la opinión inglesa se muestra por completo favorable a ellas.

Incluso el periódico fascista «Morning Post», dice que «la política de Francia es consecuencia directa de la adoptada por Portugal».

En los círculos de la Sociedad de Naciones, la opinión es francamente favorable a la decisión francesa, y se subraya que Inglaterra, por fin, parece dispuesta a apoyar a Francia en su actitud digna, la única que puede poner término al «chantage» fascista.

(De «Adelante», de Valencia.)

El arte y la guerra

España, en la Exposición de París

por A. VEGUE Y GOLDONI

El arte regional ha encontrado en la Exposición Internacional de París un decidido apoyo. La vida de los pueblos tiende cada vez con más empuje a la universalidad. Por eso preocupa la conservación de lo que se resiste a esa corriente, por venir del pasado, en que halla su fuerza y al propio tiempo su sostén. Sin embargo...

Tratando tan sugestivo tema, el comisario general de la Exposición, M. Edmond Labbé, ha podido formular una serie de preguntas, entre ellas ésta: «¿Cuál es nuestra política en el regionalismo?». No ciertamente de reacción pura contra ciertas tendencias bien conocidas de la civilización industrial, sino de adaptación. El regionalismo, antes de ser un sistema, y lejos de ser una utopía, es un hecho y forma parte de la realidad nacional.

Por su parte, la Unión Corporativa del Arte Francés aborda el problema del artesanato, ya que en el taller del artesano es donde hay que buscar la genuina tradición local, con frecuencia observada a maravilla.

Todo lo precedente se trae a colación al pensar en España, país en el que todavía—y conste, desde luego, que no hipotecamos el futuro—se cultivan los pequeños oficios más o menos artísticos con arreglo a normas y prácticas arraigadas. Pero si de una parte pesa la herencia, el «asi lo hacían nuestros padres y nuestros abuelos», de otra se presenta, en razón de la economía y del mejor aprovechamiento, la necesidad de nuevas técnicas que ahorren esfuerzos, sin que por ello se rebaje la calidad de los productos.

Hoy nos parece inadmisibles la actitud regresiva de un Ruskin. Bella es la tradición, tomada en conjunto; mas no peligroso es considerarla incólume, cerrada en sí misma, opuesta a la menor mudanza. El mundo marcha, y mirar hacia atrás equivale a estancarse, a morir por consunción.

Con todo, el progreso no se interrumpe; quien se niegue a sus imperativos, está llamado a perecer de la manera más lamentable.

Artesanía, sí; a condición de que

sea arte y de que sea sana (perdónenlos el juego del vocablo). Nuestra artesanía guarda con celo los secretos por los que antaño fuera famosa.

El arte regional debe al turismo un generoso estímulo. En ciudades y en aldeas, maestros y oficiales se afanan por crear, y cuando no, por imitar, algo que se distinga de lo vulgar y manido. El «pastiche» que la moda consiente y el comercio ampara es el enemigo que, a pretexto de acogerse a la Historia, suplanta estilos y resta iniciativas a la invención espontánea y libre. Durante años se nos ha servido un estilo español que dista de ser estilo y de ser español, porque opera con formas galvanizadas, que nada dice a nuestra sensibilidad.

El señor que, por ejemplo, se ufana de poseer un despacho Renacimiento fabricado por mueblistas que obedecen los dictados de la moda, caprichosa y volaria de suyo, ¿sería capaz de salir a la calle con ferruero, gola, colete, gregüescos y espada de cazoleta? El quiero y no puedo. He aquí el flaco de muchos, que pagados de vejez «flamantes» incurren en la carnavalada por ley de la contradicción.

La noble artesanía no lleva a excesos tales. Empieza por ser sincera, por dar lo que sabe y la caracteriza. Fomentarla es empresa patriótica. El alma del pueblo nunca engaña. Mirando con respeto lo antiguo en cuanto representa expresiones de hermosura permanente se comprenden mejor las esencias de lo popular; líneas graciosas, aciertos de color, adecuación exacta a un fin de utilidad mediante el aderezo del Arte.

En la Exposición Internacional de París «hablará» España con las variadas y ricas modalidades de su artesanía. Trajes, tejidos y bordados, hierro, cerámica, alfarería, etcétera; frutos, en suma, de una cultura que se eleva por grados de lo material a lo espiritual, serán mensajeros de paz en diversos aspectos, veraz testimonio de los dolores inherentes a la guerra más terrible que vieron los siglos.

(De «La Voz», Madrid, 12-VII-37.)

La retaguardia facciosa

Del artículo publicado en «Vreme», periódico yugoeslavo, por Milos Crnjanski, el día 5 del actual, extraemos los siguientes párrafos:

«Al estallar la rebelión del general Franco, los falangistas españoles fueron los primeros en echarse a la calle con el fusil en la mano y en verter su sangre, luchando contra los izquierdistas por la futura España nacionalista. En el ejército del general Franco luchan actualmente unos 100.000 falangistas como milicianos, y pelean con valor. Allí donde aparecen destacamentos falangistas con sus oscuros uniformes, se levanta el espíritu guerrero, se canta, se baila y se va al ataque con el cuchillo en la mano. Otros 100.000 falangistas desempeñan en el interior del territorio sometido al general Franco el servicio de policía».

«Manuel Hedilla» demostró, con el fusil en la mano, y en la ciudad de Vigo, que es patriota, y luego se encargó de la dirección de los asuntos de Falange en Burgos. Igual que deseaba conocer al general Mola, me alegraba también conocer a este joven, a este nacionalista español, pero al mismo tiempo socialista. Al llegar a Burgos, alcancé a presenciar el entierro del general Mola, y cuando pregunté por Manuel Hedilla, me manifestaron susurrando que el general Franco había mandado que fuera detenido unos días antes y que quizá ya le habrían fusilado... Al llegar a Salamanca, supe que Hedilla estaba en la cárcel con otros 48 camaradas, que no había sido fusilado todavía, pero que le habían condenado a cadena perpetua. Realmente, nadie sabía el paradero de Hedilla; parecía que se lo había tragado la tierra».

«He conocido en Salamanca toda la intriga que se tejía alrededor de Falange y de sus jefes. Hablé con el capitán von Hartmann, un finlandés que con su compañía intentó oponerse a la detención de Hedilla. Ha paseado alrededor de las cárceles de Salamanca y estaba decidido incluso a empresas románticas, con tal de llegar hasta este joven, de

quien nunca he dudado durante el tiempo en que estuve en contacto con él desde lejos. Pero imposible saber dónde estaba encarcelado Hedilla y lo que le pasaba, ni siquiera si vivía».

«Yo he ido a España con profunda simpatía por los nacionalistas. Yo he tenido con ellos relaciones por conducto de cierta organización. Podría comprender, eso sí, que entre el general Franco y el jefe de Falange hubiera surgido un desacuerdo. Podría incluso comprender que Hedilla estorbaba a alguien. Después de su caída, la organización de Falange y los carlistas han sido metidos en un saco. Y como jefe de la organización, fué colocado el mismo general Franco, sin que fuesen consultados para ello los miembros. También podría comprender que en interés de la guerra hubiera que aniquilar a Manuel Hedilla. Pero yo no puedo comprender nada de una España en que la tierra se traga a 48 patriotas sin ser procesados, en que son detenidos y quizá fusilados por los jefes de una organización, que tiene más méritos que todos los generales, acusando de traidores. Una España así no puede entusiasmar a nadie, aunque sea cien veces nacionalista, ya que una España así no es nada nuevo, sino más bien la vieja y tremenda España de las intrigas, la España de la Inquisición y la España de los asesinatos sin jueces».

(NOTA.—Téngase en cuenta, al leer este artículo, que su autor, señor Crnjanski, ha ido a España enviado especialmente desde Berlín por el Gobierno de Hitler, y que dicho ciudadano es un conocido fascista yugoeslavo que ejercía, en la Legación de este país en Berlín, funciones de agregado de Prensa.)

Este artículo expresa claramente la desilusión sufrida por el nacional-socialismo, vistas las directivas que toma el Gobierno de Salamanca, contrarias a Falange Española, con la que, por lo visto, y según afirmaciones categóricas de este individuo, venían entendiéndose los fascistas extranjeros.)

Julián Benda dice:

“Los aristócratas españoles cometen aquí el mismo crimen que los emigrados del 93: el de llamar al extranjero contra su propia patria”

Julián Benda, uno de los novelistas y ensayistas más prestigiosos de la Francia contemporánea, nació en París el año 1867.

Su educación fué principalmente científica; hizo sus estudios en la «Escuela Central de Artes y Manufacturas»; es licenciado en Historia y no se dedicó a la literatura hasta después de cumplir los cuarenta años.

Sus primeras obras fueron el «Diálogo de Eleuterio» y una novela: «La Ordenación», que apareció en el año 1907 en la revista «Les Cahiers de la Quinzaine» (Los cuadernos de la quincena).

Siguió colaborando en las publicaciones de más alto rango intelectual de Francia: «Les Nouvelles Littéraires», «La Revue de Paris», «Le Mercure de France», «La Nouvelle Revue Française», en la cual publica actualmente sus memorias.

Sus tres obras más famosas son dos novelas: «La Trahison des Clercs», publicada en 1927, y «Belphégor», en 1929, y, sobre todo, su magnífico «Esquisse d'une Histoire des Français dans leur volonté d'être une nation», que vio la luz el año 1932, y cuyo tema es tan aplicable a nuestra situación actual, que bien pudiera constituir el breviario de todos los españoles de hoy que se sienten firmemente animados de la «voluntad de ser una nación».

Por colocarse siempre al lado de la razón y de la justicia, Julián Benda, hoy, en sus artículos y en sus conferencias, defiende a la República Española contra sus traidores e invasores.

Nos dice, sencillamente:

—Al defender al Gobierno de España sigo la línea de conducta de la cual no me he apartado jamás; este Gobierno representa la tradición

republicana contra los nuevos feudalismos representados por esos aristócratas españoles que no han vacilado en cometer aquí el mismo crimen del cual la Historia acusará siempre a los emigrados franceses del 93: el de llamar al extranjero contra su propia patria.

Hemos preguntado a M. Benda: —¿Cómo usted, con su tradición democrática y liberal, colabora asiduamente en un periódico de propaganda católica como es «L'Aube»?

—«L'Aube»—nos contesta—es un periódico democrático y liberal.

—¿Es liberal y democrático a pesar de ser católico?

—No, no; todo lo contrario. Es democrático y liberal precisamente porque es católico, buen católico; porque su catolicismo no es hipocresía ni interés, sino sinceridad.

Benda se muestra indignadísimo ante la pasividad con que las democracias europeas han contemplado, hasta ahora, nuestra causa legítima pisoteada por la barbarie.

—Tengo de Europa—declara—un concepto muy pobre. Aquí, en confianza, no me asombra lo que hacen los proselitistas de la violencia; lo que me asombra es que no hagan mucho más, desde el momento en que se les deja. En realidad, su brutal atrevimiento es matonismo puro. Si Inglaterra y Francia les hicieran frente ellos retrocederían. Tengo la convicción de que Alemania tiene más miedo a la guerra que nadie, porque de sobra sabe que la aviación es hoy arma primordial, y la suya no está en condiciones de afrontar una contienda. Se está jugando hoy un dramático partido de «poker» internacional. Si se obligase a poner las cartas boca arriba a esos grandísimos «bluffeurs» que intimidan al adversario a fuerza de «fa-

roles», tendrían que abandonar la partida.

Cuando hablamos con Julián Benda acaba de regresar de Madrid con los demás congresistas.

—Traigo de esta visita a la capital de la República—nos dice—dos grandes emociones.

La primera fué la de la sesión pública que celebramos en el cine Salamanca, abarrotado de público, gentes de todas clases, entre las cuales había no pocas mujeres modestas, verdaderas del mercado de Torrijos. Nos oyeron y escucharon con entusiasmo indescriptible. Y, entre los vitores, pudimos distinguir netamente varias voces que pedían en francés: «Des canons, des canons pour l'Espagne».

La segunda emoción que experimentó M. Benda durante su reciente estancia en Madrid, fué la sesión del Congreso que tuvo lugar en el «Auditorium» de la Residencia de Estudiantes.

—No era la primera vez que hablaba yo en esta sala—nos dice—. Hace unos años, en 1928, fui llamado por la «Sociedad de Cursos y Conferencias». Los que entonces me hicieron ir a Madrid, los que me escuchaban, los que me rodeaban en aquella ocasión, eran, en parte, personalidades de la aristocracia, y, en parte, aquella falsa «élite» de intelectuales que no ha sabido ver, ni comprender, ni sentir lo que se juega hoy en España para ellos y para toda la intelectualidad del mundo.

En su lugar, me rodeaban y escuchaban ahora, en este mes de julio de 1937, los únicos intelectuales de la España grande, los auténticos depositarios de su tradición cultural, los verdaderos patriotas, en fin, que defienden el suelo de su país contra la invasión extranjera».